

# ESTA GUERRA TERMINA HOY



Santiago Vásquez

Ilustración de Miguel Ángel Verdugo



## SANTIAGO VÁZQUEZ

Soy comunicador y estoy convencido de que las palabras tienen el poder para construir realidades. Amante de las letras, del diseño y la ilustración. He participado en las antologías de cuento corto *Mínimal I* y *II*, de cuento largo *Luz Lateral II*, en la Revista Matapalo y mis cuentos *El viaje de Sr. Thomas* e *Invisibles* fueron publicados por Girándula para las Maratones del Cuento 2018 y 2019. Este camino de letras, libros y gestión cultural me llevó a fundar y dirigir Chacana Editorial. Mi web es [www.santvasconez.com](http://www.santvasconez.com) y mi cuenta en Instagram: @sant.vasconez.



## MIGUEL ÁNGEL VERDUGO

Nací en la ciudad de Ibarra, desde la cual desarrollo mi trabajo como ilustrador para diversos proyectos editoriales y personales, utilizando la ilustración infantil estilo cartoon, el minimalismo y el expresionismo como herramientas para transmitir ideas y para el autoconocimiento. Varios de mis trabajos, que comprenden también la música y la producción audiovisual, pueden verse en mis redes sociales donde se me puede encontrar como @mavllart



—¡Madre, madre! —la joven enfermera entró desesperada a la sala de urgencias, bajó la mirada y tomó aire para recuperar el aliento—. Acaba de llegar un general.

Todos guardaron silencio en el pabellón principal que había sido dispuesto para atender las emergencias.

\*\*\*

Esa mañana, cuando el sol todavía no empezaba a salir, el canto de los gallos fue silenciado por el tropel de caballos y hombres que cubrían el Pichincha. El repicar de la única campana que aún coronaba alguna de las torres de las iglesias fue reemplazado por los primeros cañonazos que anunciaban la batalla.

Eran apenas las seis de la mañana y ya se escuchaban los gritos de la guerra. Los cientos de soldados que atestaban las calles del sur de la ciudad estaban asustados. Su «general» trataba de infundirles valor, honor, sueños de gloria, pero algo en el fondo de sus corazones les decía que todo estaba perdido. Era el último enfrentamiento, después, no habría por qué más luchar.

Las puertas del Hospital San Juan de Dios se abrieron como todos los días. Una de las hermanas de la Caridad sostuvo su hábito de novicia cuando reconoció los ojos de un soldado que con su pelotón emprendía la subida por la quebrada de Los Gallinazos.

—Estos hombres van a morir, ¿verdad? —preguntó a la madre superiora que la tomaba del brazo para hacerla entrar.

—No, si llegan a nuestras manos. Vamos, muchachita, hay mucho que hacer allá adentro.

Durante horas, médicos y enfermeras libraron su propia guerra. Organizaron a los internos en los diferentes pabellones del hospital, tratando de hacer espacio para la oleada de heridos que la batalla dejaría. Doce

años atrás, ya vivieron una carnicería cuando el ejército realista barrió las voces de libertad de la ciudad. Muchos no sobrevivieron ese día, pero la hermana que abrió la puerta no conocía esa historia; ella era apenas una niña cuando todo eso pasó. Su familia perdió un padre, un hermano, un tío y un abuelo en las protestas, por eso la viuda consagró a su última hija a las Hermanas de la Caridad para que la criaran y ella, a cambio, sirviera a Dios.

—Madre, creo que estamos listas para lo que pueda pasar. Los vecinos de San Roque y San Blas donaron agua, alcohol, tijeras y telas suficientes para hacer vendajes. Todo estará bien, ¿verdad?

—Que nuestro Señor Jesucristo y la Virgencita te oigan, muchacha. Estas batallas son...

—¿Son qué..., madre?

—Nada, hija, nada. ¿Ya llegó el doctor?

—Sí, y el boticario, y sus estudiantes, y algunos profesores de la Compañía. Hay mucha gente abajo, madre, están limpiando los cuchillos, las sierras, las agujas —las palabras salían de la boca de la joven como rodando por las faldas de un volcán—. ¿Por qué hay tantos martillos y clavos? Esto parece una carpintería. ¡Es más, mire! Ahí está el carpintero de El Tejar, está haciendo muchísimos... ataúdes —esta vez, la voz se le atoró como si hubiese chocado contra un árbol de eucalipto—. Madre, todo estará bien, ¿verdad?

—Hija, ponga a hervir el agua, toda la que pueda.

La muchacha empezó a bajar las escaleras cuando los cañonazos cortaron el viento. Disparo tras disparo, grito tras grito; el silencio cayó herido y murió en el quejido de los primeros soldados que rodaban por la falda del volcán, como las palabras de la joven.

No pasó ni media hora cuando nació el caos. Uno tras otro empezaron a llegar hombres heridos. Cadetes, cabos, tenientes llegaron por montones; incluso, uno que otro coronel fue a parar a algún catre dispuesto como camilla.



Rápidamente, entendió por qué la madre superiora estaba tan angustiada y su instinto le obligó a buscar entre la multitud aquellos ojos que había visto subir por la quebrada de Los Gallinazos al salir el sol.

Las horas pasaban y cada vez quedaba menos espacio en la sala de emergencias. Antes de mediodía, había pacientes en los pasillos, las escaleras y alrededor de la pileta del patio central.

—¿Dónde estás? —se preguntaba buscando aquellos ojos que cada mañana en misa la miraban a ella durante la comunión.

—Niña hermanita, tráigame más vendas, por favor —gritó uno de los médicos que habían llegado a servir esa mañana.

—Doctor, ya no hay. Incluso cortamos las cortinas y las sábanas de todo el hospital.

—Corte esas banderas y hágame unas vendas, ¡rápido!

La muchacha se disponía a obedecer al médico, cuando desde un par de catres se escuchó al unísono.

—¡No! ¡Mi bandera se respeta! —gritaron dos oficiales, uno de cada bando, que intentaron ponerse de pie a pesar de sus heridas.

Ahí estaban, al fin encontró los ojos que, enfurecidos, defendían un símbolo del amor que sentía por su nación. La muchacha tomó la toca que cubría su cabello, la juntó a las dos banderas y cortó varios retazos que servirían como vendas. Cubrió con ellas las cuatro heridas de bala que tenía el teniente de la primera compañía del batallón Yaguachi, lo acomodó en su camilla y le pidió que descansara. Se dirigió hacia los ojos que tanto había buscado y sonrió.

—Nuestra lucha es más grande que cualquiera. Si sobrevives, yo me iré contigo. Para mí, esta es la libertad.

El general realista que estaba siendo atendido por una herida de bala en su hombro vio a su capitán y a la novicia tomados de la mano, vio al

valiente Calderón tendido en su catre, vio a los heridos y la sangre inundándolo todo. Sintió el olor a pólvora que bañaba la ciudad, escuchó los gritos desesperados de sus hombres en batalla, las balas, las bayonetas, los sables entrecruzados. Se vio esclavo de un ideal y de una misión, impuestos desde lejos; se vio esclavo de una corona que pesaba más que la muerte. Se vio prisionero de una decisión que él nunca quiso tomar. Se vio verdugo de un dolor que lo aplastaba todo.

De pronto se dio cuenta de que él también estaba buscando la libertad.

—Esta guerra termina hoy.